

# Estefanía



Anna Kareninová  
Čtine v Cechách

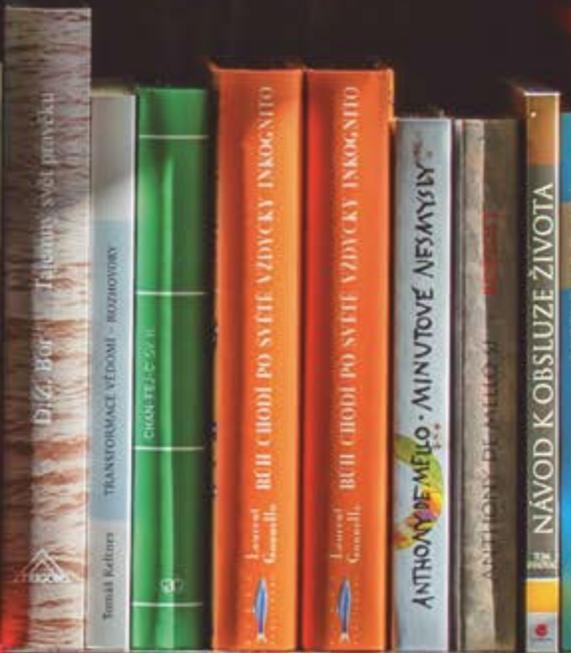
MILAN KUNDERA | ANEB CO ZMŮŽE LITERATURA?

Pařeba | *Das blaue Porträt* | E. X. SALDA | K. ČAPEK

Jana Blahová | *Wald (ed.)* | "In double trust"

JOSEF KAVKA | *ČERVENÝ*

ČERVENÝ | *ČERVENÝ*



Nan Chevalier

Escritor dominicano nacido en Puerto Plata en 1965. Ha publicado los poemarios *Las formas que retornan*, Búho, 1998; *Ave de mal agüero*, Letra Gráfica, 2003; *Espectros diurnos*, Búho, 2016; y *Presas de la inmediatez*, Editorial Funglode, 2017. Las colecciones de cuentos *La segunda señal*, Letra Gráfica, 2003; *El muñeco de trapos*, Editorial Funglode, 2012; *El domador de fieras y otros nanorrelatos* (minificción), Editora Nacional, 2014; y *La recámara aislante del tiempo*, Santuario, 2014. Las novelas *Ciudad de mis ruínas*, Letra Gráfica, 2007; *El hombre que parecía esconderse*, Alfaguara, 2014; *Viaje sin retorno desde un puerto fantasma*, Búho, 2015; *Payaso al caer la tarde*, Amargord, 2017; y *Tibieza*, Editorial Bienetre, 2023. Los libros de ensayos *Antihéroes onettianos: habitantes de proyectos fallidos*, Editorial Funglode, 2012, y *Pasión analítica. Apuntes sobre escritores dominicanos e hispanoamericanos*, Fondo Editorial Unapec, 2016. También ha editado *Antología I*, del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón, Fondo Editorial Unapec, 2015, y *En tránsito. Antología de la cuentística dominicana actual (1970-2017)*, Amargord, 2017.

Ha ganado concursos en cinco géneros literarios (ensayo, poesía, novela, cuento y minificción): “Premio Nacional de Cuento Juan Bosch”, Funglode, 2011; Premio Único del “III Concurso Nacional de Minificción”, Ministerio de Cultura de la República Dominicana, 2013; “Premio Nacional de Poesía Pedro Mir”, Funglode, 2016, y “Premio Manuel Salvador Gautier de Novela”, año 2022.

En la actualidad es director del Departamento de Español de la Universidad APEC; fue director de la Escuela de Letras de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, por elecciones, durante dos períodos. Su obra ha circulado, a través de antologías y libros, por España, Puerto Rico, Argentina, México, Perú, Italia, EE. UU., Colombia, Guatemala y Costa Rica.

Se licenció en Letras y también en Psicología en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, academia en la que cursó la Especialidad en Lengua y Literatura, y Maestría en Literatura. Es *Master of Social and Human Studies with a major in Latin American Literature por Atlantic International University*, institución de altos estudios en la que obtuvo su título de Doctor en Literatura Latinoamericana.

# Estefanía<sup>1</sup>

Nan Chevalier

Estoy mirando la fotografía en la soledad de estas paredes. Si el doctor llegara, me la quitaría y volvería a atarme. Es lo que hizo cuando mi madre (que en paz descanse) me la entregó a sus espaldas y desató mi ira. Por esta fotografía maté a un ser querido. Por esta fotografía permanezco vigilado, como un preso en un hospital.

Sé que no me dejarán salir jamás. Pero antes que vuelvan a inyectarme otra dosis de tranquilizante, escribiré la historia que arruinó mi vida; la historia de la mujer que debería aparecer en la foto, pero se ha esfumado.

Escribiré en el reverso de las cartulinas en las que solía realizar mis dibujos. Lo haré con el bolígrafo que le sustraje a mi hermana, un día en que volvió a reprocharme lo de mi madre.

– A veces se pone muy violento –insiste el médico–. ¡Desgraciado! De esa excusa se ha valido para ordenar que no dejen cerca de mí objetos punzantes; afirma que soy un sujeto peligroso, inestable.

Mi hermana ya no me quiere; aunque tampoco soporta verme aquí, encerrado, con mi herida en el índice y en la almohada mi camisa manchada de sangre. Suele lamentarse: “¿Cómo es posible que haya terminado de ese modo?”. Si escribo la historia, quizá me comprenda. La escribiré antes de que vuelvan a sedarme, antes de que regresen el doctor y la enfermera a espantar los caballos de mis pesadillas.

Los eventos ocurrieron al final de octubre, hace unas semanas... o unos meses. La cabaña estaba enclavada en la meseta de una montaña, en la ladera de un arroyo cuyas aguas se dejaban escuchar durante el día y se acrecentaban en la quietud de la noche. Habíamos llegado en un Jeep.

Mi amigo Espinetta y su novia Noelia se habían unido a Estefanía y a mí, en un pueblo del centro de la isla adonde pasamos a recogerlos. La idea de compartir anécdotas y tragos durante el trayecto representaba una motivación adicional para emprender la travesía por zonas tan hermosas, como desoladas.

Lo primero que hice cuando nos encontramos frente a la casa de Espinetta fue preguntarle por la cámara fotográfica, pues resultaría imperdonable que no conserváramos imágenes de la aventura. Estefanía había dejado mi cámara en el apartamento, descuido que me incomodó porque yo había insistido en que la trajera desde días antes del viaje, cuando la conocí en una calle de la Zona Colonial donde yo solía realizar mis dibujos.

Para el resultado final de esta historia... (creo que alguien se acerca... oí pasos allá afuera, debe de ser el doctor... no, no es él...) ¿Qué decía? Sí: para lo que importa, el trayecto hacia la cabaña resultaría intrascendente si no fuera porque al ascender una ladera por la que se llega al pueblo nos detuvimos, a petición de Noelia, a hacernos unas fotos. Disfrutamos el aroma de las flores cuando descendimos del jeep, inspeccionamos los precipicios al borde de la carretera y elegimos un paisaje sugestivo, en el que la luz estallaba como una cadena de torpedos.

Estefanía, ¿les dije que era mi novia?, se ofreció a hacer las fotos. No hubo manera de convencerla de que su imagen era tan importante como las nuestras para la colección de fotografías de la comprometida de Julio Espinetta. Ella decía que no, e insistía en que las mejores fotografías las haríamos al llegar a la cabaña. (¿Alguien se acerca? ¿De quién es esa voz en el pasillo?)

Reanudamos la marcha. Esta vez Estefanía condujo; arribamos a El Pinar con el corazón en la boca: le fascinaba experimentar con las sensaciones cuando pasaba rozando el filo de algún precipicio del mismísimo infierno. La primera noche no es digna de mención. Sólo hubo un detalle importante: Estefanía se ausentó durante una hora desde el momento en que llegamos a la cabaña. Luego reapareció. Le preguntamos a dónde había ido. Murmuró: “Mirando los caballos”. No habló más.

La cena tuvo lugar alrededor de una fogata. La noche era una representación de lo sombrío; se escuchaba el discurrir del agua en el arroyo. A sugerencia de Estefanía, aprovechamos el ambiente lúgubre para hacernos fotos, y no debo repetir que las tomó ella, que no accedió a dejarse fotografiar.

Fue durante la segunda noche cuando salimos a bailar, antes de la cena alrededor de la fogata. Mi costumbre de no cenar cuando estoy ingiriendo alcohol (“así actúan los viciosos”, solía decir mi madre, ¿a mí qué me importa?) tendría su consecuencia en el dedo índice de mi mano derecha. (Creo que ahora sí se acerca la enfermera... ¡Silencio! ¡Es ella! Ha seguido de largo).

Siempre disfruté de bailar con las mujeres ajenas; nunca soporté que invitaran a las mías. El que quiera bailar, ¡que traiga pareja! Así que cuando Espinetta invitó a Estefanía sentí que la fiesta había terminado. Tal vez por eso, o para evitar que nos retiráramos abruptamente cuando la noche entraba en calor, Estefanía tomó la cámara y empezó a fotografiarnos, con una insistencia que llamó la atención de los presentes. Conducta que me enfureció más, porque no me agrada convertirme en centro de atención en lugares públicos.

De todos modos, le pedí que se hiciera una foto conmigo. Su rostro se transformó en mueca. Entregó la cámara a Noelia, y en un arranque frenético marchó de prisa hacia el lobby. La seguí, malhumorado por su desprecio. Cuando la alcancé, se detuvo de golpe. No paraba de llorar; se protegía del frío con un manto negro terminado en capucha. La abracé con violencia.

– Perdóname, perdóname –me susurraba.

– ¿Que te perdone? No logro comprenderte – le decía, cuando el destello del flash nos cegó: frente a nosotros, Espinetta sostenía la cámara con la que acababa de hacernos la fotografía que aún hoy trato de comprender. Si el doctor la hallara, le increparía a mi madre muerta que él es el médico, que él es el que sabe lo que hay que hacer conmigo.

Estefanía huyó ante la preocupación de mis amigos. Sin que me diera tiempo de alcanzarla, desapareció en la oscuridad plateada de El Pinar.

De vuelta a la cabaña, mis amigos y yo permanecemos en silencio. Espinetta decidió tomar el volante; comentó que mi estado anímico no era apropiado para atravesar las colinas. Las luces de las luciérnagas y la luna fueron ocultándose; la oscuridad se hizo rotunda.

Un haz de amarilla luz fue el único rastro de vida que percibimos cuando llegamos a la cabaña. Me alegré al confirmar que Estefanía estaba: sólo ella pudo haber encendido las velas de nuestra habitación. Me olvidé de Espinetta y de su novia. Me olvidé de la hora y de mí.

De ahí en adelante todo ocurrió muy rápido. Caminé como quien presintiera que se dirigía a la estación de lo desconocido. Abrí la puerta y me sentí autómatas en medio de la explosión de luz. Estefanía se encontraba sentada enfrente de las velas. Busqué su mirada... en vano. Era como si se hallara en una dimensión lejana. Iba a abrazarla cuando pronunció las palabras:

– No debiste... –el tono de voz era ronco–, no debiste permitir esa fotografía. No quiero hacerte daño... eres débil y...

La ira me sobrecogió. ¿Débil yo? ¿Por qué lo decía? La insulté en más de una lengua. Ella lloraba, acurrucada como una serpiente.

1. Este cuento se publicó originalmente en la obra *La recámara aislante del tiempo*, publicada en 2014.

– ¿Quién te entiende, *son of a bitch*? –le gritaba.  
– ¡La débil mental eres tú!, ¿por qué no puedes permitir que te tomen una fotografía, por qué me pones en ridículo?

Estrellé con furia el teléfono móvil contra la pared, me quité con el índice el reloj e intenté arrojarlo contra el piso: se enredó en mi dedo y casi lo desprende. La sangre salpicó su blusa y mi camisa. Caí de rodillas y me aferré a sus caderas.

No abrió los ojos. Sollozaba diciendo:

– No es eso, no es eso. No comprendes. ¡No sabes quién soy!

Lloré. Ella me desvistió, lenta. En algún momento de la madrugada me quedé dormido.

Desperté con la sensación de que alguien estuviera estrangulándome. Estefanía no estaba a mi lado; la luz se había consumido. Traté de ubicar algún movimiento que delatara su presencia.

Salí al patio. El frío me hizo comprender que permanecía semidesnudo. Caminé desorientado. No quedaban rastros de la fogata. ¿Qué hora era? Llamé a mi novia:

– ¡Estefanía, Estefanía! ¡No juegues conmigo!

Entonces mis ojos vieron lo que hoy, entre estas paredes, no logro comprender, la escena que me envié a las manos del perro con bata blanca, y de la cínica que viene a meterme la jeringa.

¡Cómo lograría entender que lo que yo veía, en medio de la soledad silenciosa, era Estefanía! Desde mi perspectiva, una sombra de mujer permanecía inmóvil bajo un manto. De espaldas, sentada sobre un tronco, era un ser deforme. Me escondí detrás de un árbol; me senté encima de unas ramas cortadas. La nube que ocultaba la luna empezó a desplazarse.

Se acercaba el primer caballo. Retinto bajo el efecto lunar, producía la sensación de que llegaba trotando en alfombra de luz. Se dirigía hacia Estefanía; miró en dirección a donde yo permanecía, y se detuvo.

Mi corazón: una bomba a punto de estallar. Acaso el animal me había detectado. Irguió la cabeza, relinchó y, ante un ademán de Estefanía, ¡se dirigió hacia ella!, a punto de encabritarse. Ella le hablaba sin levantarse del tronco. Estuve tentado de ir corriendo en su ayuda, seguro de que el animal iba a lastimarla. Pero una fuerza tremenda que no puedo explicar me detuvo.

La nube desapareció. Respiré profundo, y decidí que no me perdonaría si le ocurría algo a Estefanía.

Empuñé una rama. Di el primer paso para ir en ayuda de mi novia. Pero, ante la certeza de que unos ojos vigilaban detrás de mí, di media vuelta. ¡Allí estaba el segundo animal, el caballo blanco! Pasó rozándome. Era un animal enorme, de una blancura barnizada por la luz plata. De él emanaba una energía indescriptible. El caballo blanco se encontraba enfrente de la negra bestia, la que reaccionó con violencia ante la presencia del nuevo visitante.

Estefanía permanecía en cuclillas intentando aplacar a las bestias. El lugar se pobló de luciérnagas. El caballo negro arremetió contra el blanco. Los relinchos se reproducían, eco de lo terrible. Estaba aterrorizado por la suerte que habría de correr mi novia, aunque la pelea parecía no afectarla. ¿Por qué ella permanecía allí, entre monstruos, en lugar de escapar?

Entonces los caballos se dirigieron hacia ella. “¡Es el final!”, pensé, “¡la matarán!”. Estefanía cayó bajo las patas de las bestias. Corrí para defenderla. Acaso a mí también me atacarían, pero tenía que ayudarla. Levanté la rama para golpear al blanco, pero dudé: siempre escuché que el negro es el malo. La rabia se apoderó de mí, me otorgó el valor que necesitaba, y lo golpeé con la fuerza que da el miedo.

– ¡Vete de aquí, estúpido! –gritó Estefanía, con rabia ronca.

De los ojos del caballo blanco brotaba un resplandor. Cegado por la confusión de las palabras de Estefanía, perdí la orientación. Sólo contemplé cuando Estefanía se irguió, montó sobre el

blanco, dio órdenes y ambos, caballo y mujer, huyeron. La luna fue cubierta por un manto de nubes. El caballo negro los perseguía mientras Estefanía galopaba en círculos despojándose de su capucha.

Perdí el conocimiento.

A la mañana siguiente desperté al escuchar la voz de Espinetta en la sala de un hospital. Repitió a los paramédicos que me encontró tirado en la yerba, balbuceando el nombre de mi novia.

– ¿¡Dónde está!?! ¿¡Qué le ha ocurrido!?! – quise saber, cuando lo escuché.

– No sabemos. Desapareció anoche. La hemos buscado, pero no aparece. No queremos preocuparte. Luego te diremos lo que vimos al revisar la fotografía que les hice en el lobby. Debes descansar.

Empecé a temblar. Las imágenes de la noche anterior se precipitaron sobre mi mente. La capucha, los caballos, las frases de Estefanía... Pero, ¿de qué fotografía me hablaba?

– ¡Ah! Ya recuerdo. ¡Quiero verla, quiero ver a Estefanía, aunque sea en una foto!

Espinetta miró a su novia. Con un movimiento de la cabeza, Noelia asintió. Mejor hubiera dicho que no; mejor hubiera sido que nunca me mostraran la imagen. Me enfrenté a aquel espectro y desde entonces no supe de mí. Mi cabeza estallaba. Las imágenes de la noche anterior empezaron a dar vueltas sobre mi memoria: los caballos, la capucha, la habitación, los caballos, la fotografía, el manto, las luciérnagas...

Sentí una aguja penetrando en el brazo derecho. Luego, caí en el limbo.

Cuando volví en mí, yo no era yo. No podía moverme: me habían atado brazos y piernas con unas correas. Pregunté la fecha; alguien respondió “jueves”; pedía calma, tranquilidad.

– ¿De qué semana?

– La segunda de noviembre –dijo mi madre–.

Te ayudaré a afeitarte. Hace mucho que no te aseas, hijo. Doctor, permítame, por favor...

Me inyectaron una dosis de tranquilizante; me retiraron las correas. El doctor salió. Debido a la insistencia de mi vieja, la enfermera fue a buscar una afeitadora. Mi hermana aún no había llegado. Le pregunté a mi madre si sabía algo acerca de una fotografía. La sacó de su cartera.

– Espinetta me ha pedido que la guardara, que cuando estés menos estresado...

Se la arrebaté. Empecé a temblar y a reír mientras la observaba. ¡Maldita fotografía! Allí aparecía yo en el lobby, y a mi lado ¡un manto vacío, una capucha sin cuerpo!

– ¿¡Ves por qué se pierde el control, te das cuenta!?! – le grité.

La agarré por el cuello zarandeándola mientras continuaba:

– ¿Por qué me haces esto, ¡vieja del diablo!, por qué te burlas de mí, ¿dónde está Estefanía?, ¿por qué su imagen no aparece en la foto?, ¡dime! – La estrellé contra la pared, al tiempo que miraba el espacio en que debía estar mi novia.

Cuando mi hermana llegó, el doctor, la enfermera y un guardián me habían arrebatado la fotografía y colocado las correas nuevamente. Mi hermana lloraba mientras retiraban el cadáver de mi madre. Gritaba: “Asesino, asesino”. Yo apenas escuchaba. Sólo esperaba el retorno de Estefanía a la fotografía manchada de sangre.



Fuente: Freepik.es